

El latido de la vida

Josep M. Rodríguez

En una conferencia pronunciada en la Universidad Menéndez Pelayo que más tarde fue papel impreso dentro del volumen colectivo *Edad Media y literatura contemporánea*, Jaime Gil de Biedma afirmó –apoyándose en Eliot– que «todo poeta eminente suele hacer más difícil el trabajo a sus sucesores». Y en cierta medida no le falta razón. Aunque no es menos cierto que son esos *poetas eminentes* los que acaban abriendo nuevas puertas a los que venimos detrás. Lo apuntó Bernard de Chartres: un enano subido a los hombros de un gigante puede llegar a ver más lejos que el propio gigante.

A nadie escapa que sin el autor de *Las personas del verbo* no se puede entender la evolución de la lírica española en la segunda mitad del siglo XX. Y uno de los aspectos sobre los que incidió era precisamente el tema central de la conferencia antes aludida: la imitación. «Jaime nos enseñó a robar bien –señala Pere Rovira en una entrevista publicada en la revista *Prima Littera*–. Él decía que sólo se puede escribir a partir de la imitación. Y hay que entender en el sentido que lo decía. Esto es, en el sentido de hacerse cargo de una tradición literaria, apropiándote de lo que te interesa para luego usarlo».

Debemos a Rovira uno de los mejores ensayos, si no el mejor, sobre *La poesía de Jaime Gil de Biedma*. Al que habría que añadir otros libros de crítica literaria como, por ejemplo, un desmitificador y brillante estudio sobre Bécquer titulado *Cuando siento no escribo*. Esa inteligencia para leer textos ajenos es una de las principales características de la obra en verso del propio Rovira, compilada ahora en *Poesía (1979-2004)*. Una edición que incluye

Pere Rovira: *Poesía (1979-2004)*, DVD Ediciones, Barcelona, 2011.

las traducciones de Celina Alegre, Francisco Díaz de Castro, Vicente Gallego, Álvaro García, José Agustín Goytisolo, Antonio Jiménez Millán y Carlos Marzal.

Pere Rovira es un francotirador que sabe esperar el verso perfecto con el que herir a sus lectores. Es cuestión de paciencia. Es *Cuestión de palabras*, que en él son siempre exactas, milimétricas. Porque nunca ha escrito por escribir, sino buscando *Los poemas necesarios*. «El verso es un amigo y te da tiempo». Por eso, al agrupar su obra lírica en un único volumen, éste apenas alcanza las doscientas cincuenta páginas en edición bilingüe. Y por eso probablemente haya escogido traductores que, igual que él, saben «cómo arden / las horas por un verso –que son estas las horas / que salvan al poeta, no la posteridad».

Pero volvamos al concepto de imitación. Porque en los poemas de Pere Rovira las referencias literarias son como el incienso: no tienen que verse para impregnarlo todo. Con un culturalismo que huye de la pompa y del alarde. Con una erudición que no es laberinto, sino escalera: pues permite a cada lector disfrutar del poema esté en el peldaño que esté. Algo parecido a lo que ocurre con los versos de Gil de Biedma, al que el autor de *La vida en plural* dedica el soneto «Homenaje»: «Creyó que lo que es bueno, o noble, o mágico, / en cada corazón, tiene su precio / en vergüenza o dinero, él lo pagó / con el odio de amarse. Era un romántico, / pero hizo que sonrieran las palabras / del sufrimiento, y dijo que un poeta / no ha de olvidar los días laborables».

«La realidad de la máscara es el rostro», escribió Xavier Villaurrutia. Y el verdadero rostro de Pere Rovira hay que buscarlo bajo las máscaras de Gil de Biedma, de Larkin, de Verlaine, de Juan Ramón Jiménez, de Propertio, de Antonio Machado o del siempre presente Baudelaire, «el hombre / que hizo *Les fleurs du mal*, / el libro más perfecto de su siglo». Por decirlo de otro modo, la tradición es un collar y cada nuevo poeta es una piedra que se engarza en él. Independientemente de su brillo. Porque sin la *Antología Palatina* no existiría *Spoon River Anthology*. Y sin los versos de Edgar Lee Masters sería imposible un poema como «Blues de Rosie Roberts»: «Rosie, la de la piel suave, / la más cara del burdel, / la que ha visto desnudarse / al comisario, al ministro / al banquero y a su hijo...»

Poesía directa y contundente. Conversacional. Sin artificios ni oquedades. Porque donde otros hallan vacío, Rovira descubre una caja de resonancias. En eso consiste asumir una herencia literaria, una tradición. Que en su caso limita con la ironía del «Don Juan» de Byron y el lirismo de Keats. Con la crudeza de Baudelaire y la sobriedad de Bécquer. Dándole tiempo al verso para que sus raíces agarren. Consciente de que «lo urgente es ser feliz».

Decía Walt Whitman que «el problema de la mayoría de los poemas es que no son sino sólo poemas, todo poesía, todo literarios, no, en ningún sentido, humanos». Y esa es la gran lección que uno aprende en los versos de Pere Rovira: la poesía únicamente existe cuando consigue atrapar el latir de lo vivo. Por eso vale la pena leer *Poesía (1979-2004)*. La obra de un hombre que no teme mirarse en el espejo de los años. Que apuesta a todo o nada en el amor. Que es capaz de escribir que sólo vale la pena recordar el gusto de la sangre borracha de unos labios. Resumiendo, la obra de un poeta eminente ©